

Discurso pronunciado por el bachiller Alfredo Jorge Mac Laughlin el 11 de agosto de 1962 en el Colegio Nacional de Buenos Aires durante el acto de entrega de diplomas a la promoción del año 1961

Nuevamente el Colegio nos recibe esta vez para darnos el espaldarazo de Bachilleres.

Una generación más ha pasado por sus claustros y pone con este acto broche de oro a uno de los períodos de mayor gravitación de su vida.

El tan ansiado día ha llegado. Sin embargo nunca como ahora ha sido tan intenso el anhelo de evocar y de vivir esos seis años de vida plena. Tal vez los más felices, los que recordaremos siempre. Aquella etapa en que nos enfrentamos a la realidad, fijando nuestras ideas y principios.

Así tomamos la palabra, quizás por última vez en unión de nuestros padres y maestros, retrocedamos en el tiempo y volvamos a vivir en el recuerdo de esos días felices.

Volvamos pues atrás. Encontramos a nuestros padres inculcándonos el deseo de elevarnos y cultivarnos.

Nos imparten también ideas, principios y enseñanzas que jamás se olvidarán. Pero piensan que ese amor que nos prodigan y esas enseñanzas no son suficientes. Sienten la necesidad de formarnos, pero ellos solos no pueden realizar la tarea. No ignoran sin embargo la existencia, de maestros con la íntima vocación de enseñar y formar. Tampoco ignoran que hay una casa plena de tradición que los reúne. También entonces nos inculcan el amor por el Colegio. No son defraudados. El Colegio vive, sufre embates, se inclina –nunca se dobla- pero sigue adelante sostenido por su tradición y su amor a la patria.

Es así como estudiamos para el examen de ingreso, con el anhelo de incorporarnos a un Colegio que a sus tradiciones había sumado la de haberse podido mantener al margen de la corrupción y extravíos de un régimen claudicante y oprobioso que había alcanzado a conturbar otros órganos de cultura nacionales.

Frente a la marea de degradación que extendía aquel régimen, el Colegio había quedado convertido en un raro islote, tan raro, que les resultó difícil comprenderlo a personas que no habiendo estado en el conocimiento de la vida íntima de éste, pretendieron e impusieron para esta casa la misma vara con que se había medido a otros Establecimientos.

Iniciamos pues nuestra vida en el Colegio con el desgarrón que nos produjo una intervención que él no se merecía y que supo en su momento protestar a través de sus alumnos y de los más calificados profesores, que precisamente, entendieron se debía confiar al Dr. Sanguinetti el manejo de la casa, quien había sido actor de la resistencia espiritual de nuestro Colegio ante el avasallamiento de la dictadura.

La intervención que tuvo lugar entonces, pretendía justificarse en la necesidad de aventar la corrupción que en otros Establecimientos culturales del país había tenido lugar. Pero poco a poco

cambia de postura y empieza a justificarse como necesaria para innovaciones en el plano de la técnica educacional, cosa que nada tenía que ver con los motivos primeramente aludidos.

Estos intentos, esa planificación nacieron asociados al dolor ocasionado por el desconocimiento de la realidad que había vivido el Colegio en los tristes días de la dictadura.

Todo esto volvió espinoso el camino de una necesaria y lógica evolución, sobre todo cuando se tomó una actitud en contra del antiguo sistema. Comenzó entonces un período de inercia, donde si bien se dieron algunas reformas parciales, el resultado pareció ser la destrucción de las tradiciones, no solo de las negativas sino también de las positivas.

No podemos ignorar que debemos a nuestro Colegio y a su magna organización, configurada a través de más de cien años de experiencia y grandes esfuerzos, el haber dado a la patria la mayor parte de nuestros hombres ilustres, contando entre sus egresados a los dos únicos premios Nobel del país, varios presidentes y un gran número de los hombres notables, por sólo mencionar a aquellos pertenecientes a nuestro siglo.

Es decir, el Colegio gozaba de un “sprit de corp” [sic, por esprit de corps] y cuando un establecimiento tiene esa suerte, debemos de engrandecerlo y no de relajarlo, sobre todo cuando ese “sprit de corp” se nutre de substancias nobles y constructivas., como son la aplicación al estudio y la veneración e identificación con los principios más esenciales de la nacionalidad y la participación en los mejores momentos de la vida patria.

Esto formó a través de los años, una familia, un grupo primario, un apléyade de hombres probos, cuyos lazos de unión eran la cultura y el amor al país.

Todos estos elementos que he mencionado, tendrían que haber sido la base sobre la que se efectuara la reforma, y si bien han sido aludidos en reiteradas oportunidades, solo se los ha utilizado en casos parciales que escapan al orden general.

Se produjo entonces la confusión dado que este tipo de organización, no encuadra en ningún sistema determinado. Solo era distinto del anterior. Por consiguiente sufrimos un clima de expectativa, de inestabilidad, ya que en ningún momento se dio a conocer plan ni regla alguna a la cual pudiéramos atenernos.

Solo nos acompañó un plan de estudios que sí había sufrido una evolución, que lo ajustó perfectamente a nuestras inquietudes. Y guiados por aquellos grandes profesores, cuyas calidades no provenían de lugares comunes remanidos y a veces perogrullescos de la pedagogía, sino de los valores intelectuales y morales de su personalidad, recibimos una educación de la que estamos orgullosos.

Lamentablemente, muchos de ellos se han ido retirando, lo que ha provocado una grave crisis en estos claustros. Debemos atribuir como causas, no sólo a las circunstancias críticas de la economía del Colegio, sino también a otras de orden espiritual que perturbaron el orden mismo, entre ellas

la pérdida de su autonomía, dentro de la Universidad, quedando relegado al estado de simple dependencia, contándose por así decirlo, entre uno de sus tantos departamentos.

Antes de proseguir, quiero recordar entre estos profesores a quien nos hizo dar los primeros pasos en la vida cívica e institucional del país y nos enseñó nuestros deberes y derechos fundamentales – el Dr. Agustín de Vedia- a quien nosotros expusimos, contra sus principios, a una situación de violencia y cuya aguda sensibilidad lo obligó a retirarse de esta casa de estudios –su casa- luego de haber permanecido en ella la mayor parte de su vida.

Nunca tendremos palabras suficientes para expresar nuestro desagravio. A él le ofrecemos nuestras disculpas y nuestro reconocimiento.

Esta incertidumbre y expectativa no continuó así, por el contrario, vislumbramos un florecimiento, un renacer de la vieja casa de estudios. Se concretaron algunas reformas y se tomaron una serie de medidas plausibles, tales como la autorización de un Centro de Estudiantes que sirvió para la satisfacción de nuestras inquietudes. Las necesidades económicas fueron suplidas, en gran parte, gracias a la creación de la Asociación Cooperadora “Amadeo Jacques”. A ella expresamos nuestro agradecimiento en carácter de primeros beneficiados por la misma, así como también el otorgarnos en esta oportunidad una medalla recordatoria.

Además los ex-alumnos fueron llamados del olvido y unidas contribuyeron también a la reconstrucción del Colegio.

Una serie de medidas tendientes a una mayor difusión hicieron que recobrara, en parte, la notoriedad perdida. Esto se manifestó a través de los inscriptos como aspirantes a primer año, que en 1962 aumentó considerablemente. En este punto cabe mencionar la organización del examen de ingreso, cuya perfección permite una completa imparcialidad y un mayor rendimiento de los alumnos.

En estas circunstancias se nos presentó un tipo de organización disciplinaria que abarcaba a la vez el aspecto formativo, resultando así de carácter integral. Mucho de nosotros colaboramos en virtud de la necesidad de darle una forma, un régimen al Colegio, indispensable para terminar la anarquía imperante. A nuestros ojos parecía un sistema que encuadraba en determinados cánones y que resultaba una solución. Pero este florecimiento y encauzamiento resultaron vanos. Todo aquello que nosotros habíamos mirado con optimismo tomó un tono distinto, que tal vez ya lo hubiera tenido sin nosotros advertirlo.

En efecto, inmediatamente vino el desencanto ante el fracaso del nuevo sistema, traído como consecuencia de una inadaptación y falta de firmeza en el modo de aplicarlo. Se colocó dentro del mismo a un grupo de personas extrañas al Establecimiento, y como tales, desconocedoras, del engranaje del Colegio, es decir faltos de aquella vivencia que se experimenta a través de seis años y resulta necesaria para la conducción de los alumnos.

Como vemos, el conocimiento de ese mecanismo significaba al vez el de los profesores, la búsqueda, de ese conocimiento indispensable para la coordinación ha traído una serie de conflictos con este cuerpo, ya que estos se ven limitados en sus tareas.

Luego, es además evidente la incoherencia marcada que existe entre las dos organizaciones sobre la que debiera descansar esta estructura: Gabinete Psicopedagógico y Departamento de Alumnos.

Con este panorama no se pueden obtener los resultados positivos, necesarios, sino por el contrario, los que se logran son negativos.

Vuelve entonces a reinar el desorden y a modo de ejemplo podemos citar los hechos alarmante ocurridos en el turno de la mañana, relacionados con la desaparición de numerosos objetos y documentos, entre ellos algunos de gran valor.

No ponemos en duda de que se trata de un sistema ya experimentado, peor aquello que hubiera sido necesario para la aplicación de éste es justamente lo que falta, esto es, la adaptación a nuestro ambiente.

Ciertamente los integrantes de esta organización tienen gran responsabilidad en la formación de los alumnos, ellos son quienes van a moldear sus conciencias y les van a inculcar principios éticos y morales. Estas personas deben tener antecedentes intachables y conciencias limpias. De ellas interesan en especial sus aptitudes frente a la sociedad, pues estos se van a reflejar sobre aquellos a quienes educan. No debemos incurrir en el error de querer ponerlos en el mismo plano de un profesor, del cual se pueden ignorar sus ideas filosóficas y políticas, pues no tienen porqué trasuntarlas o inculcarlas a través de la cátedra. En cambio aquellos a quienes no les negamos el derecho de tener las ideas más extremistas, consideramos que sería suicida para la sociedad permitirles ocupar puestos de tal naturaleza.

Concretamente, y en nuestro caso particular, no veo en el deber de llevar al conocimiento del Señor Rector que tres de los cinco psicopedagogos que se desempeñan en esta Casa tienen antecedentes en el Departamento Central de Policía, como activos dirigentes comunistas.

No es el momento de rebajar el nivel de este acto, dando nombres y refiriendo actitudes de quienes no merecen ocupar cargos en esta alta Casa de Estudios.

Estos claros y oscuros que han ido apareciendo a lo largo de mis recuerdos, no son de extrañar, porque el Colegio es un aparte de nuestra Sociedad y en ésta se viven momentos críticos. Hay grandes fuerzas materiales y morales en pugna. Hay crisis de valores en nuestra misma Patria. Nuestra institución no puede aparecer en otro plano. Pero yo anoto como aspecto promisor y que reafirma el carácter formativo del Colegio, el hecho de que todos los que hoy hemos venido a este acto a recibir nuestros diplomas, todos, a pesar de las inevitables y lógicas diferencias de nuestras valoraciones e inclinaciones, salimos hermanados en un entrañable amor y reconocimiento que concretamos en las personas que llevan adelante su vocación docente.

No debemos interpretar este acto como un despedida, sino por el contrario, él debe reforzar nuestra unión y así juntos lucharemos para que el Colegio vuelva a ser el “Colegio de la Patria”

Fuente: folleto de 8 páginas, 19 x 21,8 cm. Título *Por su tradición y su amor a la Patria*, Alfredo Jorge Mac Laughlin y una foto en blanco y negro del frente del Colegio Nacional de Buenos Aires, un ejemplar se encuentra en la Asociación de Ex Alumnos del Colegio Nacional de Buenos Aires, Moreno 590, 1° piso.

Resumen en el 2004 de su curriculum vitae en el sitio de Telefónica Argentina:

Alfredo Jorge MacLaughlin, 62, currently serves as a member of our Board of Directors. He is an Argentine citizen and a lawyer who graduated from Universidad de Buenos Aires. He studied Political Economy at Oxford University, England. His track record includes an officer position in the Research and Projects section of the United Nations Program for Development. He served as Secretary of Economy of the City of Buenos Aires and as adviser to the Argentine Ministry of Economy. He held director positions at Edenor, Edesur, Banco Hipotecario Nacional, Telefonica and CTI. He is member of the Buenos Aires Stock Exchange board of directors and General Manager and country head of Deutsche Bank, Morgan Grenfell plc.